



Dossier en Homenaje a Jorge Dotti

Homenaje a Jorge Dotti¹

SILVANA CAROZZI²

I. Queremos tanto a Jorge

“Yo quiero ser llorando el hortelano, de la tierras que habitas y estercolas”, escribió Miguel Hernández para Pedro Sijé -su amigo muerto- y triunfó así sobre todos los desafíos de la elegía, en todos los borradores del mundo.

Porque, cómo escribir un homenaje póstumo tratando de no caer en la pequeñez del detalle y la anécdota. Cómo construir el mejor retrato de quien se ha ido definitivamente, sin dejarse devorar por la ciénaga de una historia que ha quedado para siempre incompleta. Cómo evocar con belleza dolorida al amigo muerto, mientras seguimos sintiendo –con Beauvoir- que partió, pero no nos espera en ningún sitio.

Jorge Dotti ha sido el mejor filósofo político argentino de los últimos tiempos, y hemos tenido la fortuna de que haya sido nuestro maestro y nuestro amigo. Apareció por primera vez en Rosario a fines del año ochenta y cinco, como miembro de jurado para los concursos ordinarios de las asignaturas que comenzarían a dictarse en nuestra universidad, una institución pública que resucitaba de la dictadura. Él regresaba al país, luego de la formación de posgrado en la Sapienza de Roma, bajo la dirección de Lucio Colletti, discípulo a su vez de Galvano Della Volpe. En ese momento Jorge ya fue para nosotros, en un punto, lo que siempre iba a ser: un personaje intelectual de una consistencia extraordinaria tan exterior como profunda, sinceramente humilde, crítico de casi todo, obsesivo hasta en las mínimas rutinas, e inaudicable en su talante decidido a no aceptar fácilmente el mandato moral de ser feliz. Ideológicamente era tan indudable en esos años su impacto por la flexión política en la

¹ **Cómo citar:** Carozzi, S. (2019). Homenaje a Jorge Dotti. *Cuadernos Filosóficos*, 15.
<https://doi.org/10.35305/cf2.vi15.56>.

Publicado bajo licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional [CC BY-ND 4.0]

² Universidad Nacional de Rosario // Consejo de Investigaciones UNR (Rosario, Santa Fe, Argentina).
sccarozzi@gmail.com

trayectoria de Colletti, en Italia, como su elección porteña de sumarse al grupo de la revista *Punto de Vista*, domicilio simbólico donde encontró y conservó, según sus propias declaraciones, amigos y amigas entrañables y permanentes. Imposible olvidar, durante los ochenta, algunas reuniones a las que pudimos asistir en el Club de Cultura Socialista de Buenos Aires, a instancias de Jorge, donde disfrutamos de polémicas e intervenciones inolvidables de Pancho Aricó, de Héctor Leis, de Juan Carlos Portantiero, de Beatriz Sarlo o de Oscar Terán, su gran amigo, también lamentablemente fallecido diez años antes que él. Era la época en que Dotti, espíritu metafísico-político, investía un personaje que se reivindicaba rousseauiano, futbolero riverplatense, tanguero y cinéfilo, mientras se lamentaba -con humor genial- de que Dios, habiéndole demostrado la necesidad de su existencia, no le hubiese otorgado la fe. Filosóficamente, jugaba a desmontar, recurriendo a una estructura crítica que nunca abandonó totalmente los privilegios de la célebre navaja (en él hegeliana), la mayoría de los posmodernos glosarios circulantes por esos años. Quienes habíamos egresado de la universidad de Rosario descubrimos, con Jorge y a partir de él, autores y cuestiones en los que no habíamos reparado durante el transcurso del grado y que llegaron a despertar en nosotros la vocación temática que desplegaríamos tanto en los niveles de posgrado como en la orientación laboral. Beatriz Trastoy, socia del alma, esposa amadísima de Jorge, era quien estaba a su lado y cuya compañía también tuvimos oportunidad de disfrutar en Rosario y en Buenos Aires, en encuentros irrepetibles, intelectuales o simplemente familiares de comunicación total.

Para los que tuvimos la suerte enorme de tomar contacto filosófico con Jorge Dotti -sobre la base de las afinidades profundas que fuimos encontrando por debajo de las intensas discrepancias que también fuimos afrontando en el devenir de la relación- nuestro mundo intelectual sufrió un trastorno de inquietud estimulante felizmente incurable. Él sentía, como nosotros, que la filosofía no representa simplemente un área en el campo de los saberes sino que constituye fundamentalmente una forma de vivir, o, dicho en tono menor, un recurso del espíritu para encarar la condición fugitiva de la vida. Como diría Hannah Arendt, autora muy presente en las referencias de Jorge, en este mundo “lo que queremos es comprender”, si nuestra existencia implica el ejercicio de poner en acto y desplegar en el propio tiempo esa desasosegada comprensión metafísica.

En esta ciudad -de algún modo remota- de Rosario, y al frente de diversos y sucesivos seminarios dictados en el marco de aquella primera FLACSO, Dotti formó discípulos e inauguró temáticas de investigación que abarcaron desde las cuestiones ligadas al iusnaturalismo moderno, hasta el pensamiento reaccionario y el decisionismo de Carl Schmitt,

ese teórico imponente, cuyo legado finalmente él terminó instalando con vigor en la agenda filosófica argentina, sustancia también de un libro espeso que publicara en una editorial local.

Su elección definitiva por la cultura y la filosofía alemana dio como resultado la extensa producción que todos obviamente conocemos, distribuida en libros, artículos y revistas, aunque no excluyó una preocupación por los pensadores argentinos, en un esfuerzo puesto especialmente sobre la cuestión de la recepción de los grandes filósofos europeos y su traducción hermenéutica al contexto y las urgencias políticas locales. En el campo de las revistas académicas, la hobbesiana *Deus Mortalis* fue -y esperemos que siga siéndolo- el resultado cuidadoso de otra iniciativa suya, con su sello inconfundible en temas y en edición.

Si el texto de homenaje pudiera significar también un ejercicio de agradecimiento que se sumara al que módicamente pudimos hacerle en vida, por su presencia constante, su consejo y su rigor a lo largo de nuestra carrera en la investigación, vaya éste. Si en cambio el homenaje fuese una forma menguada del tránsito por el dolor irreparable del amigo que no estará más, también. Si fuese, por fin, la aceptación resignada de un destino no previsto -a pesar de todo- por él para él, no estaríamos dispuestos, en modo alguno.

“Y desamordazarte, y regresarte”, nada más.